

CONTEMPORÁNEA



*La historia
desde 1776*

Miguel Artola
Manuel Pérez Ledesma

Alianza Editorial

13. El mundo de entreguerras

El periodo entre la Primera y la Segunda Guerra Mundial se caracterizó, en primer lugar, por las dificultades materiales que tuvieron que soportar los que vivieron aquella época, hasta que se logró recuperar los niveles de producción de preguerra. Además, esas dos décadas fueron especialmente fértiles en novedades políticas y económicas, que pusieron en entredicho los principios sobre los que se había organizado la vida en el siglo anterior. La dictadura del proletariado chocaba con los principios del gobierno representativo, del mismo modo que la nacionalización de los medios de producción y la gestión pública de la economía entraban en contradicción con el postulado del interés privado como motor del desarrollo. Por su parte, la aparición del absorbente Estado totalitario propugnado por el fascismo era incompatible con la idea de los derechos del hombre.

El *crash* de Wall Street en 1929 dio origen a una larga depresión, que afectó especialmente a los países que en 1914 dominaban en el orden internacional. La crisis puso en entredicho la vigencia del sistema capitalista, que vio surgir ante sí la alternativa que representaba la sustitución del mercado por la planificación. Ningún país occidental logró salir de la depresión sin acudir a formas de intervención estatal de la economía. Algunos, como Estados Unidos, lo hicieron sin poner en peligro su sistema político, gracias al *New Deal* ofrecido por Roosevelt, en tanto otros dejaron sus libertades en el empeño. El triunfo del nacionalsocialismo en Alemania, si bien acabó con la depresión, fue a costa de aceptar una dictadura. La decisión de Hitler de revisar las consecuencias de Versalles puso fin al periodo por donde había empezado: con una guerra.

1. La posguerra (1919-1929)

La posguerra es el tiempo que sigue al fin de las hostilidades, en el que los beligerantes se recuperan de las consecuencias de éstas. Suele considerarse que la posguerra acaba cuando la

producción económica, medida en términos reales, recupera el nivel de preguerra, sin considerar que haya sido producida por una mano de obra mayor o menor que la entonces empleada.

En 1918, al concluir las hostilidades, la situación de los países beligerantes ofrecía enormes diferencias económicas, políticas y financieras. En proporción, Francia había soportado el mayor peso: tanto por las pérdidas humanas que sufrió como por los daños causados al soportar en su suelo la construcción de trincheras y sufrir los grandes bombardeos, factores estos que acabaron con la agricultura en el teatro de la guerra. A cambio de ello, amplió su territorio con la incorporación de Alsacia y Lorena, lo que elevó su población y producción. Inglaterra, a pesar de su mayor población y riqueza, no había sufrido daños materiales comparables, salvo en su flota mercante; sus pérdidas en hombres fueron menores y en buena parte afectaron a unidades coloniales. Por ello, el país se encontraba en excepcionales condiciones para enjugar rápidamente los efectos de la guerra.

Como todos los vencidos, Alemania se encontraba, tras la abdicación del káiser, privada de gobierno. Además, fue despojada de los territorios cedidos a sus vecinos definitiva o temporalmente, lo que hacía que su población y su mano de obra sufriesen los efectos acumulados de las bajas producidas por la guerra y por el cambio de nacionalidad. Sin embargo, su agricultura y su industria no habían recibido más daños que los producidos por el uso intensivo de los recursos disponibles. Por su parte, los nuevos países surgidos en el solar del Imperio austriaco tenían ante todo problemas políticos, dado que ni sus bajas ni sus daños eran comparables a los de Francia o Alemania.

Finalmente, estaban los casos extremos de Rusia y Estados Unidos. La primera, despojada en Brest-Litovsk de sus provincias occidentales, comenzaba una guerra civil que duraría varios años. El segundo, que no sufrió daños materiales y sólo había tenido un limitado número de bajas, se había convertido en el primer productor del mercado internacional, en sustitución de los países en guerra, y en el principal acreedor de los países aliados, a los que había proporcionado bienes por valor de más de 10.000 millones de dólares. Tras la guerra, Estados Unidos vivió el periodo conocido como *Big Business*, una etapa de gran prosperidad económica: su producción industrial, que en 1913 suponía un 35,8 por 100 de la producción mundial, pasó a un 42,2 por 100 en 1926-1929, debido en gran medida al retroceso de Alemania y Gran Bretaña.

1.1 Recuperación económica y cambio político

El tiempo requerido para recuperar los niveles de producción anteriores a la guerra da la medida del declive europeo. En tanto Estados Unidos y Japón conocieron un desarrollo ininterrumpido de su economía, muchos países europeos necesitaron buena parte de la década de 1920 para llegar al mismo resultado. Europa en su conjunto recuperó en 1925 el nivel de producción de alimentos y materias primas que tenía en 1913. Pero las diferencias entre los distintos territorios del continente eran muy grandes: la industria de los estados neutrales, como Holanda, Noruega o Suecia, se recuperó pronto; la de Italia, Checoslovaquia y Francia lo hizo hacia 1925; Alemania, Gran Bretaña o Rusia, por su parte, sólo alcanzaron los niveles de preguerra después de esa fecha.

Hay varias razones que explican tanto la lentitud de la recuperación como la pérdida de posiciones de los países europeos en la tabla de los países desarrollados. Conviene señalar

entre ellas las siguientes: el desplazamiento de los productos europeos en beneficio de los americanos y japoneses; la reducción de las *importaciones invisibles*, que recogían los beneficios de la inversión en el exterior; el cierre del mercado ruso, y la fragmentación política de Europa central, que se reflejó en una contracción de sus mercados.

Una cuestión de especial relieve que se planteó cuando concluyó la guerra fue la financiera. Excepción hecha de Inglaterra, que llegó a cubrir la mitad de sus gastos militares con el aumento de las contribuciones, los restantes países atendieron a ellos mediante el recurso al crédito, tanto interior como exterior, por lo que se encontraban enfrentados a una masa de acreedores que entendían que había llegado la hora de recuperar su inversión. Entre los aliados, el Estado que contaba con la deuda más importante era Francia, que debía 8.991 millones de dólares a Estados Unidos y 3.030 a Gran Bretaña; ésta, a su vez, debía 4.661 millones a Estados Unidos. Además de sus deudas propias, Inglaterra y aún más Francia se encontraron con que el régimen soviético había denunciado la deuda pública zarista, de la que la exterior había sido tomada por los ahorradores occidentales.

La decisión de hacer de Alemania la potencia agresora llevaba aparejada la exigencia de *reparaciones*, de las que se esperaba que permitieran la recuperación de los vencedores. La tesis francobritánica pretendía unir ambas cuestiones y aplazar el pago a Estados Unidos hasta que Alemania hiciera efectivas las reparaciones. A pesar de la solución de este último problema, el pago de las *deudas interaliadas* no se completó nunca: en 1931, el presidente Hoover concedió una moratoria de un año, tras la cual sólo pagó Inglaterra, y en moneda devaluada.

Antes de hacer frente a los problemas económicos fue preciso atender a los políticos. En el caso de los vencidos, lo que se había producido era un cambio de régimen como consecuencia de la caída de las dinastías hasta entonces reinantes. La aparición de las nuevas repúblicas tuvo su reflejo de la promulgación de nuevas constituciones: bien fuera la innovadora Constitución de 1918 de la República Socialista Federativa Soviética de Rusia (RSFRS), que introdujo la dictadura del proletariado; o bien las constituciones de Estados como Alemania (Weimar, 1919), Austria (1920), Checoslovaquia (1920) o España (1931), que respondían al modelo del *parlamentarismo unitario*, en el que la representación parlamentaria alcanzaba una posición de superioridad frente al poder ejecutivo. Por su parte, los países vencedores continuaron su práctica política, aunque los efectos de la guerra y la aparición de un régimen comunista en Rusia se hicieron notar al menos en dos aspectos: la llegada de los socialistas a los gobiernos, y la aparición en torno a 1920 de partidos comunistas vinculados a la Tercera Internacional, partidos que intentaron la conquista revolucionaria del poder en Hungría y Alemania dando lugar a intensas fracturas políticas.

En la década de 1920 se produjeron tres procesos que merecen una atención especial: la organización del régimen soviético, la corta experiencia democrática de Alemania y la aparición del fascismo. Como ya hemos explicado el primero de esos procesos (véase capítulo 12), vamos a considerar ahora los otros dos.

1.2 La república de Weimar

La abdicación de Guillermo II no dejó en Alemania más opción política que la republicana. En Berlín se enfrentaban los *socialdemócratas* (SPD) con los *espartaquistas*, que preten-

dían seguir el ejemplo de Rusia. A fines de 1918, una asamblea general de representantes de los estados puso fin a las diferencias al colocar el gobierno del país en manos de un *Consejo de comisarios del pueblo*, en el cual no había ningún miembro de la izquierda comunista. Su figura de mayor relieve era Friedrich Ebert, un dirigente de la tendencia *revisionista* de la socialdemocracia alemana, que había renunciado a la vía revolucionaria para la realización del socialismo.

En las semanas siguientes se produjo la liberalización política del país. Incluso se llegó a un acuerdo entre los sindicatos y las patronales (*Arbeitsgemeinschaft*) y a un concierto con el ejército, que se comprometió a apoyar la República a cambio de la promesa de Ebert de combatir el bolchevismo. El mal dirigido asalto al poder por parte de la izquierda en enero de 1919 fue reducido sin dificultad por las tropas, y los líderes del recién fundado partido comunista, Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht, fueron asesinados. Fracasada la intentona revolucionaria, el país entró en una etapa constituyente destinada a crear un régimen democrático semejante al de las potencias que habían ganado la guerra.

La Constituyente que se reunió en Weimar no contaba con una mayoría definida. Los socialistas fueron el partido más votado sin alcanzar la mayoría, por lo que tuvieron que transigir con los partidos de centro para crear una mayoría parlamentaria a la que se conoció como «la coalición de Weimar». En tanto se aprobaba la Constitución, se reguló la actuación del gobierno provisional, pasando Ebert a ocupar la presidencia de la República y un correligionario suyo, Scheidemann, la del Gobierno. La *Constitución de Weimar* (1919) ratificó la forma republicana de gobierno, formuló una extensa declaración de derechos, en la que aparecen por primera vez los derechos sociales —trabajo, vivienda, etc.— y creó un sistema político bicameral, en el cual los ciudadanos estaban representados en el *Reichstag*, en tanto los antiguos reinos y principados, convertidos en *Länder*, enviaban sus representantes al *Reichsrat*. El presidente, elegido directamente por un plazo de siete años, disfrutaba en situaciones de excepción de poderes extraordinarios, como los de suspender las garantías constitucionales y —lo que tendría más graves consecuencias— de facultar al jefe del Gobierno para legislar por decreto.

Resuelto el problema político, se hacía necesario reorganizar el sistema financiero para hacer frente tanto a los gastos ordinarios como a los extraordinarios que exigía la recuperación económica y al pago de las reparaciones. El Imperio alemán nunca tuvo un sistema fiscal centralizado, de forma que los impuestos directos habían quedado en manos de las autoridades de cada uno de los reinos y principados que entraron a formar parte de él. La financiación de la guerra, a pesar del enorme volumen de sus gastos, se atendió fundamentalmente a través de empréstitos; a diferencia de las potencias aliadas, que se endeudaron con Estados Unidos, en Alemania fueron colocados en el interior del país. El coste económico de la guerra fue estimado en 164.000 millones de marcos.

A esta carga vino a añadirse, en abril de 1921, la reclamación por parte de los aliados de 132.000 millones de marcos-oro, pagaderos en el plazo de veintidós años, más una cantidad varias veces superior, que se realizaría mediante la entrega de bienes materiales, todo ello en concepto de *reparaciones* por los daños causados con motivo de la guerra. El gobierno alemán se vio enfrentado a un ultimátum y no tuvo otra opción que aceptar la cifra y realizar los primeros pagos. En el otoño de 1922, sin embargo, se produjo un retraso en las entregas de carbón y otras mercancías, y esa situación dio el motivo al gobierno francés para ocupar militarmente la región del Ruhr, con objeto de cobrarse directamente las suce-

sivas entregas. La respuesta del gobierno alemán fue apoyar la resistencia de los mineros haciéndose cargo del pago de sus salarios.

Los efectos de esta decisión fueron dramáticos. En tanto la caída del valor del marco había tenido hasta entonces un efecto favorable al facilitar la exportación, la asistencia financiera a los trabajadores del Ruhr sólo se pudo mantener a costa de imprimir billetes, lo que llevó al país a una situación de hiperinflación en la que el marco se hundió en los mercados internacionales. Los asalariados vieron cómo sus retribuciones perdían valor desde el momento en que las recibían hasta aquel en que podían gastarlas; el ahorro dio paso a un consumo desenfrenado de todo tipo de bienes; y los acreedores se vieron despojados de sus recursos al ser pagados con billetes sin valor.

La evolución del valor del dólar es un buen reflejo del proceso inflacionista. En enero de 1921, un dólar se cambiaba por 76,7 marcos; un año después, por 191,8; y en enero de 1923, por 17.792. Pero en los meses siguientes de ese año el valor del dólar se disparó: en julio alcanzaba los 353.410 marcos; en octubre superaba los 25.260 millones, y en noviembre se situaba en algo más de cuatro billones de marcos. En esa última fecha, toda la deuda interior de Alemania podía comprarse con poco más de 50.000 dólares.

Después de una operación de limpieza de las que hay pocos casos en la historia, un nuevo gobierno, presidido por Stresseman, se enfrentó a una situación que no podía prolongarse sin provocar el colapso de la economía, ante la dificultad para fijar el precio de unos bienes cuya fabricación costaba mucho más de lo obtenido con su venta. Stresseman renunció a sostener la resistencia pasiva de los mineros y creó una nueva moneda, el *rentenmark*, cuya mejor garantía estaba en la fijación de un techo de 2.400 millones de marcos para la emisión. El canje de la vieja moneda por la nueva se realizó con la entrega de un marco nuevo a cambio de un billón de marcos antiguos.

El problema de las reparaciones no podía solucionarse del mismo modo, y tampoco podía mantenerse el anterior calendario de pagos. En abril de 1924 se llegó a un nuevo acuerdo. El *Plan Dawes* redujo el volumen de los pagos, ofreció la retirada de las tropas francesas del Ruhr y fue acompañado de un préstamo de 800 millones de marcos-oro. A partir de este momento comenzó el pago regular de las reparaciones; bien es verdad que el dinero con el que Alemania pagaba procedía de préstamos del exterior, fundamentalmente de Estados Unidos. En realidad, Alemania recibió cantidades mayores que las pagadas y empleó la diferencia en financiar la renovación de sus plantas industriales.

La continuación de los pagos en especie tuvo efectos tan imprevistos como indeseados para las potencias que los exigieron: la fabricación de los bienes exigidos daba trabajo en Alemania, a la vez que aumentaba el paro en los países que los recibían. Para evitar una forma de competencia contra la que no había defensa comercial, se estudió una nueva fórmula para las reparaciones, el *Plan Young* de 1929; pero el *crash* de Wall Street impidió su aplicación.

1.3 El fascismo italiano

En tanto Alemania consolidaba, en medio de grandes dificultades, su situación entre los países democráticos, Italia se convertía en el primer país de Europa que se organizó de acuerdo con los principios totalitarios del fascismo. El Tratado de Versalles no satisfizo las

ambiciones territoriales de los nacionalistas italianos. Con la paz reaparecieron los conflictos sociales, que, de acuerdo con el nivel de desarrollo del país, se daban tanto en el medio rural como en las fábricas.

En 1919, Benito Mussolini —un periodista socialista que abandonó el partido en 1915 para defender la intervención italiana en la guerra— organizó los *Fasci italiani di combattimento*, que se convirtieron en la base del Partido Fascista, constituido en el Congreso de Roma de 1921. Su programa se presentaba como una superación de la «debilidad» del parlamentarismo, y también de la lucha de clases. La integración de todos en una unidad de acción y destino, proporcionada por el Estado totalitario, aparecía como la solución de los conflictos sociales, en tanto que la adhesión incondicional al *Duce* permitiría superar la fragmentación partidista y haría innecesaria la representación parlamentaria.

El partido se movió entre el fracaso electoral y la afirmación callejera frente a los movimientos de masas organizados por socialistas y comunistas. Las actuaciones violentas de las *squadre* fascistas consiguieron intimidar a los trabajadores, especialmente en el mundo rural, en tanto en el urbano lograron éxitos como la ruptura de la huelga general en 1922. Tras este triunfo, Mussolini consideró llegado el momento de pedir el poder en el Congreso que el partido celebró en Nápoles. La *marcha sobre Roma* de los fascistas de las provincias tuvo éxito gracias a la intervención del rey Víctor Manuel III, quien se negó a proclamar el estado de guerra, que hubiese llevado a la intervención del ejército, y en lugar de ello encargó a Mussolini la formación de un nuevo gobierno.

El primer gobierno de Mussolini reunía a representantes de todos los partidos, salvo socialistas y comunistas. Aunque recibió plenos poderes del Parlamento, se limitó a extender el control del partido sobre el Estado, sin intentar un cambio de régimen. En las elecciones de 1924, realizadas de acuerdo con una ley electoral que daba dos tercios de los escaños a la lista que obtuviese la mayoría relativa del 25 por 100, la oposición antifascista aún consiguió el 30 por 100 de los votos. La intervención del diputado socialista Matteoti denunciando el fraude electoral fue seguida por su asesinato, momento en el que peligró la continuidad del gobierno Mussolini. La retirada de los diputados de izquierda, cuando no consiguieron que se crease una comisión parlamentaria para investigar el caso, dio la oportunidad a Mussolini para llevar a cabo la transformación del sistema político mediante la promulgación de un paquete legislativo, las «leyes fascistísimas», que en el plazo de dos años sustituyeron el régimen parlamentario por la dictadura.

El fascismo se legitimaba a partir de la afirmación de la dependencia del individuo respecto al Estado. El individuo no puede realizarse si no es dentro de los vínculos sociales de los que el Estado es la culminación. De esta concepción filosófica totalizadora, el fascismo extraía una serie de conclusiones políticas que dan lugar al *totalitarismo*, caracterizado por el rechazo de cualquier forma de acción individual o colectiva ajena a los fines del Estado. Un lema que sintetizaba su doctrina decía: «Todo en el Estado, nada contra el Estado». La incorporación totalizadora no sólo exigía la renuncia a la consideración de los derechos individuales como independientes y superiores a los fines del Estado, sino que tampoco reconocía la existencia de derechos colectivos que pudieran desembocar en conflictos sociales. La *ley de las corporaciones* (1926) y la *Carta del Lavoro* (1927) sustituyeron las relaciones directas entre empresarios y trabajadores por una mediación, tutelada por el Estado, en la que cada sector había de someterse al servicio de éste. La fórmula pretendía la superación de la lucha de clases y dio lugar a la formación de organizaciones mixtas de empresarios y

trabajadores, cuyas diferencias eran arbitradas sin dificultad debido al control que sobre unos y otros ejercía el Estado.

En el terreno político, el Estado totalitario se organizó sobre la base del poder carismático del *Duce* (expresado en fórmulas como «Il Duce a sempre ragione») y de una Constitución que ponía en sus manos el poder legislativo y ejecutivo. Constitucionalmente el poder del *Duce* se extendió hasta hacer de él un dictador, dado que se reconoció al Gobierno capacidad para legislar sin someterse al control parlamentario. A pesar de ello, la nueva ley electoral consideró necesario introducir el sistema de candidato único, presentado en una lista elaborada por el Gran Consejo fascista, que presidía Mussolini. La contrapartida que el Estado fascista ofreció a los italianos se materializó en una situación de pleno empleo; para ello, se comprometió en un programa de grandes obras públicas, que entre otras cosas dotaron a Italia de la primera red europea de autopistas, así como en un programa de seguridad social.

1.4 Relaciones internacionales

El *Tratado de Versalles* había reducido al máximo la importancia de las fuerzas armadas alemanas. Pretendía con ello prevenirse contra el renacimiento del militarismo germánico; pero también reflejaba la esperanza de que esta reducción fuese un primer paso para el desarme universal y para la sustitución del recurso a la fuerza por el arbitraje de la *Sociedad de Naciones*. A pesar de tan buenos deseos, la carrera de los armamentos continuó en los años sucesivos, así como los esfuerzos por controlarla.

La *Conferencia de Washington* (1921-1922) llegó a un acuerdo sobre la proporción entre las grandes flotas de guerra. Estados Unidos e Inglaterra se situaban al nivel 5, en tanto Japón no pasaría del 3 y Francia e Italia se igualaban en el 1,75. Entre los países vencidos, Alemania y Rusia arreglaron sus diferencias económicas en el *Tratado de Rapallo* (1922) y el ejército alemán, de acuerdo con lo convenido en los artículos secretos del mismo, consiguió un campo de entrenamiento en Rusia, que le permitía practicar con unidades acorazadas y aprender las técnicas del paracaidismo. La preocupación francesa por conseguir que Alemania reconociese la frontera común se materializó en el *Pacto de Locarno* (1925), al aceptar Alemania la desmilitarización perpetua de Renania, de forma que no hubiese posibilidad de un ataque por sorpresa. Las fronteras con Polonia y Checoslovaquia quedaron pendientes de arbitrajes posteriores. Y como manifestación de buenos deseos, el *Pacto Briand-Kellog* (1928) contenía la renuncia de las grandes potencias a la guerra.

2. La gran depresión

El *Great Crash* es el nombre que se da al hundimiento de las cotizaciones que tuvo lugar en la Bolsa de Nueva York a partir de octubre de 1929. Se inició el jueves 24 con una oferta masiva de papel que, después de varios días de descenso en las cotizaciones, se ofrecía a cualquier precio. A media mañana un grupo de banqueros reunidos en la oficina de J. P. Morgan decidieron intervenir en apoyo de las cotizaciones y consiguieron contener la caída; incluso se produjo una recuperación parcial. El 29 de octubre es conocido en Wall Street como el «martes negro»: se negociaron más de 16 millones de títulos y las ganancias

acumuladas en los doce meses anteriores se volatizaron. Aunque en los días inmediatos se produjo una cierta recuperación, el descenso continuó hasta el año nuevo. En los primeros meses de 1930 hubo una nueva recuperación, momento que los banqueros aprovecharon para deshacerse del papel que habían comprado en la primera etapa de la crisis; y las ventas dieron origen a una larga etapa descendente que, sin el dramatismo de los días de octubre, se prolongó a lo largo de más de dos años, hasta el punto de que se llegó a dudar de la existencia de un suelo para el valor de las acciones.

El volumen de las pérdidas sufridas por los inversores era estremecedor. Los valores industriales habían perdido las tres cuartas partes de su valor anterior. Entre las empresas de mayores dimensiones, *U. S. Steel* había pasado de cotizar a 262 puntos en septiembre

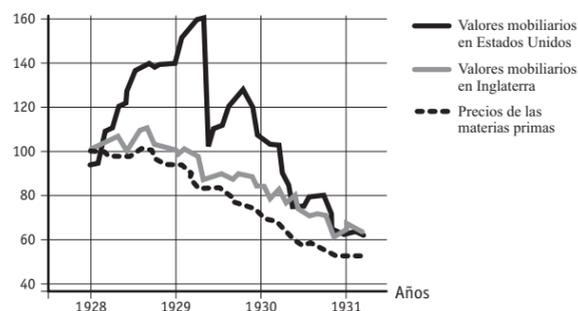


Figura 13.1 El *crash* bursátil y la recesión económica. Índice de los valores mobiliarios y de los precios de las materias primas (base 100 = 1928)

de 1929, a 22 tres años después; una acción de *General Motors* se podía comprar por 8 dólares, cuando se necesitaban 73 en septiembre de 1929; y no era mejor la situación de las demás. Las empresas menores y los *fondos de inversión* lo pasaron peor. Los fondos son sociedades que se dedican a la negociación en Bolsa con el dinero que los particulares ponen en sus manos a cambio de acciones del propio fondo. *United Founders* y *American Founders*, que habían cotizado a 70 y 117 dólares en el 29, no valían más de 50 centavos al detenerse la

caída. El *crash* hizo que se volatilizara un inmenso capital. Títulos que habían servido como garantía en multitud de operaciones de crédito perdieron esta capacidad, y el dinero se convirtió en un bien escaso.

Al margen de las posibles causas económicas, acerca de las cuales no existe unanimidad, es posible ofrecer una explicación de las causas financieras que condujeron al pánico bursátil. La subida de los tipos de interés en Estados Unidos desvió hacia sus oficinas bancarias el dinero caliente (*hot money*), así llamado porque se mueve rápidamente en busca de la mejor inversión en cualquier parte del mundo. Inglaterra sufrió los efectos del tirón de Wall Street en forma de fuga de capitales, en tanto Alemania vio cómo se encarecían los préstamos destinados a financiar el pago de las reparaciones y aumentaba el desempleo, que en un año pasó de 0,3 a 1,9 millones. En Estados Unidos disminuía entre tanto el volumen de ventas de los bienes de consumo duradero —automóviles y aparatos domésticos— al hacerse mayor el precio de las compras aplazadas de acciones.

La práctica usual en Wall Street era que el *broker*, o intermediario para las operaciones, actuase como un prestamista para los inversores. El comprador podía limitarse a hacer efectivo un 10 por 100 del valor de su compra, y el *broker* cubría la diferencia, con el título como garantía. En junio de 1927, el volumen de estos préstamos de corta duración ascendía a 3.600 millones de dólares, y a fines de 1928, como reflejo de la marcha de las cotizaciones, llegaba a 6.400 millones. No es difícil imaginar la situación de los *brokers* cuando vieron que las acciones en sus manos no cubrían la cuantía del precio aplazado y los compra-

dores no hacían frente a sus obligaciones. Los suicidios, menos de los fabricados por la imaginación popular, tuvieron sus víctimas en este sector.

Los primeros efectos del *crash* se manifestaron en los bancos, que vieron formarse largas colas para retirar los depósitos. Al no conseguir la asistencia de otras instituciones, tuvieron que cerrar sus ventanillas y declararse en quiebra. Más de la mitad de los bancos de Estados Unidos fueron «tragados» por la crisis, y los que quedaron exigieron desde ese momento mayores garantías para financiar la compra de bienes de consumo duradero. El efecto inmediato fue la contracción de la demanda, el cierre de las fábricas y el desempleo. Los 4,6 millones de parados que existían en Estados Unidos en octubre del 1929 se convirtieron en 13 millones en 1933; es decir, un 27 por 100 de la población activa, que se encontró sin trabajo y sin una asistencia social que cubriera sus necesidades. El hambre y la miseria se extendieron por el país. Con una capacidad productiva superior a la que se utilizaba, no había ocasión para la inversión, en tanto la reducción de la demanda hizo que los precios cayesen. Si tomamos el año 1926 como base 100, los precios al por mayor se encontraban al 64,8 en 1932, el nivel de empleo había descendido a 60 y la masa salarial sólo representaba un 41,6 por 100. La unión de todos estos factores es lo que se conoce como *depresión*.

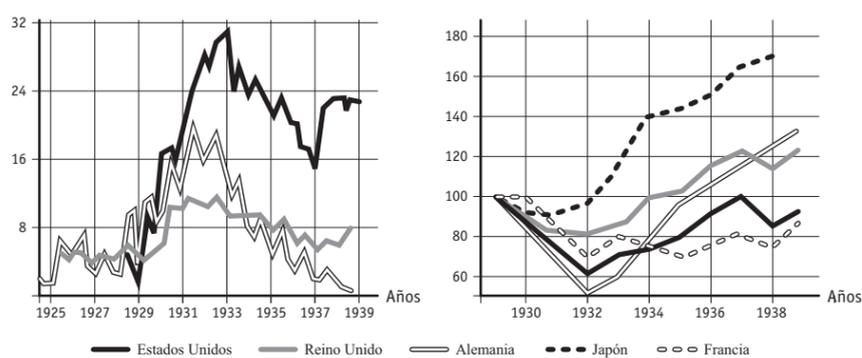


Figura 13.2 (Izquierda) El paro en los grandes países industriales.

Porcentaje sobre la población activa.

(Derecha) Evolución de la depresión económica.

Producción industrial (base 100 = 1929)

La depresión americana se extendió a otros países europeos y americanos. En 1932, la producción industrial de Estados Unidos y Alemania suponía un 53 por 100 de la de 1929; otros países menos afectados, como Italia (67 por 100), Francia (72 por 100) y Gran Bretaña (82 por 100) también habían sufrido una recesión considerable. En cambio, la producción industrial japonesa apenas se vio afectada (98 por 100), mientras la de la Unión Soviética, que en estas fechas ya se había convertido en una economía planificada, aumentó considerablemente: en 1932 había subido a un 183 por 100 con relación a 1929.

La crisis se extendió a los países afectados a través del movimiento de capitales y como consecuencia de la caída de los precios internacionales. Al cesar las exportaciones de capitales, Alemania y diversos estados americanos se vieron privados de medios para continuar su reciente desarrollo. Al tiempo, la caída de los precios reducía las posibilidades de comprar y de invertir de los países productores de materias primas. Privados de sus mercados,

estos últimos acabaron por dar a sus productos usos insospechados, tales como quemar el café en las calderas de las locomotoras (en el caso de Brasil).

En un primer momento, los países ricos trataron de mantener lo que a sus ojos suponía una valiosa conquista, la estabilidad monetaria conseguida gracias al restablecimiento del *patrón oro*; es decir, de un sistema monetario basado en la convertibilidad de las monedas nacionales en oro a un tipo de cambio fijo (y que en su forma inicial garantizaba también a los particulares la conversión en oro de sus billetes si los presentaban al banco emisor). El patrón oro, ligado a la fortaleza de la libra esterlina durante el siglo XIX, fue abandonado por todos los países que se habían acogido a él al estallar la Primera Guerra Mundial. En 1925, Inglaterra volvió a establecerlo en una forma especial conocida como *gold bullion standard*, en la cual no se acuñaban monedas y el oro sólo se vendía en barras de 400 onzas (11,3 kg). Francia siguió el mismo camino, aunque a diferencia de Inglaterra, que dio a la libra su valor de preguerra, se conformó con un valor inferior para el franco.

Ahora bien, ante la depresión de la década de 1930, los países europeos trataron de aplicar a sus monedas una *política deflacionista*; esto es, reducir precios y salarios, con el fin de conservar sus posiciones en el mercado internacional. De acuerdo con un principio básico del funcionamiento de las economías, la inflación eleva los precios de los bienes en el interior del país, y con ello aumenta los costes de producción de las mercancías que se exportan; el resultado es que las mercancías de los países con menor inflación resultarán más baratas, con lo que en los países con inflación más alta cada vez se exportará menos y se importará más, y ello redundará en perjuicio de la producción nacional. La deflación —es decir, la caída de los precios— produce evidentemente el efecto contrario. De ahí el uso de medidas deflacionistas por los gobiernos europeos en esta coyuntura de crisis. El gobierno alemán fijó la reducción en un 10 por 100, en tanto el británico abandonaba la convertibilidad de la libra, que perdió un 30 por 100, con lo que la posición de los exportadores ingleses fue más favorable que la de sus competidores alemanes. Francia, menos afectada por la crisis, mantuvo su política deflacionista hasta 1936.

En conjunto, durante el trienio 1930-1932 el mundo occidental sufrió los efectos de una crisis de características desconocidas en la historia anterior del capitalismo, y para la que la ortodoxia económica no encontraba más solución que esperar una recuperación espontánea de la actividad. Frente al mundo liberal y capitalista, cuyos gobiernos practicaron políticas puramente financieras, el régimen soviético se presentaba como inmune a la recesión. En contraste con el paro creciente en Estados Unidos y Alemania, Stalin había puesto en marcha el *Primer Plan Quinquenal* y emprendía la *colectivización* de la agricultura. El plan, más allá de sus objetivos concretos, se ofrecía como una alternativa al régimen de mercado, un medio destinado a producir más y a mejorar al mismo tiempo la inversión y el consumo. La expansión del comunismo internacional resultó favorecida con ello. Aunque los partidos comunistas no serían los únicos beneficiarios, como se puso de manifiesto en Alemania con el triunfo del nacionalsocialismo.

3. La salida de la crisis (1933-1939)

La recuperación de la economía, y con ella la del nivel de vida anterior a la crisis, era una esperanza cada vez más remota mientras se mantuviese la política económica deflacionaria.

La necesidad de hacer algo distinto dio credibilidad a las propuestas de ciertos economistas que se habían distanciado de la ortodoxia. La figura más relevante de este punto era John Maynard Keynes, un economista británico que había iniciado su crítica de la doctrina económica dominante con su análisis, ya mencionado, sobre *Las consecuencias económicas de la paz*, y que en 1936 publicó su obra principal, *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*. Para él era necesario atacar el paro con la realización de inversiones del Estado —«es mejor pagar a los parados para que hagan agujeros en el suelo que tenerlos sin trabajar»—, aunque eso supusiera un aumento del déficit público. El crecimiento del consumo, consiguiente al aumento de la masa salarial, aparecía como la única alternativa posible para la recuperación económica. El problema consistía en hacerlo a través de un sistema político dominado por la preocupación del equilibrio presupuestario en una sociedad que veía en la acción económica del Estado una manifestación del comunismo.

3.1 El New Deal

Durante la presidencia de Hoover en Estados Unidos (1929-1932), las iniciativas gubernamentales no fueron suficientes para contener la depresión, del mismo modo que no lo fueron las declaraciones optimistas del presidente, como la de que «la prosperidad está a la vuelta de la esquina». Cuando llegó la hora de las elecciones, el candidato demócrata Franklin Delano Roosevelt, que se presentaba con un programa basado en las obras públicas y la asistencia social del Estado, triunfó por una abrumadora mayoría, con una ventaja superior a los siete millones de votos, y pudo poner en marcha su programa en los famosos *Cien días* (9 de marzo a 16 de junio de 1933).

Para contrarrestar la caída de los precios, Roosevelt inyectó dinero en el circuito económico con objeto de producir una inflación que permitiese a labradores y empresarios librarse de sus deudas y realizar beneficios (*Agricultural Adjustment Act*). Los bancos se beneficiaron de la introducción de un seguro para los depósitos bancarios pero vieron, en cambio, reducida su capacidad de maniobra en lo que respecta a préstamos especulativos; del mismo modo, la Bolsa hubo de someterse a mayores controles. La más importante medida inflacionista fue la devaluación del dólar, que quedó en el 59,06 por 100 del valor que tuviera en 1929 con relación al oro. Los efectos de la devaluación equivalían, según dijo el propio Roosevelt, a pasar 200.000 millones de dólares de manos de los acreedores a las de los deudores, fundamentalmente productores. Otra medida en la misma dirección consistió en subvencionar a los labradores para que no explotasen todas las tierras que podían cultivar, con el fin de reducir la producción y así conseguir un aumento de los precios. Cuando el Tribunal Supremo declaró inconstitucionales algunas de las cláusulas de esta ley, el Gobierno encontró que la conservación del suelo proporcionaba una justificación para continuar con la limitación de los cultivos, política que se ha mantenido hasta nuestros días. En último término, el Gobierno proporcionó a los labradores una garantía más inmediata al convertirse en comprador, a un precio determinado de antemano, de la producción que no encontrase salida en el mercado.

La iniciativa más radical desde un punto de vista doctrinal fue la *Tennessee Valley Development Act*, por la que se creó una empresa pública para desarrollar la economía regional en el valle del Tennessee. La *Tennessee Valley Authority (TVA)* se ocuparía de la producción

de energía eléctrica, de la explotación de las tierras y de la reforestación, junto a otros objetivos de menor importancia. La iniciativa privada quedaba sustituida por la pública y los beneficios a corto plazo se sacrificaban en aras del desarrollo regional a plazo largo. La experiencia, calificada por muchos como «socialismo», pudo seguir adelante, de forma que al cabo de diez años se habían alcanzado sus objetivos iniciales.

El último punto a destacar en el *New Deal* fue la reconstrucción del movimiento obrero. La posibilidad de elegir libremente representantes de los trabajadores para que llevaran a cabo la negociación colectiva de las condiciones de trabajo y los salarios aparecía como una de las necesidades más inmediatas para mejorar la condición obrera. La *National Labor Relations Act* (1935) creó las condiciones para la formación de sindicatos e hizo obligatoria la negociación colectiva. La ley no entró en vigor hasta que el Tribunal Supremo sancionó su constitucionalidad. Se formaron dos grandes sindicatos —*American Federation of Labour* (AFL) y *Congress of Industrial Organizations* (CIO)—, diferenciados inicialmente por su organización por oficios o por industrias. Globalmente, el *New Deal* sacó a Estados Unidos de la profunda crisis en que había caído a fines de la década de 1920, pero no fue capaz de liquidar el paro, que sólo remitiría como consecuencia de la Segunda Guerra Mundial.

3.2 El nacionalsocialismo alemán

El país europeo que sufrió los efectos de la depresión con más intensidad fue Alemania. La política económica del canciller Brüning frente a la crisis se ajustó al modelo deflacionista de otros países europeos. El mantenimiento de la paridad del marco hacía a los productos alemanes menos competitivos en el exterior, frente a las monedas devaluadas; por eso, el único medio para compensar los efectos de la apreciación del marco consistía en reducir los precios y salarios en el interior, de forma que el valor de los productos recuperase la competitividad perdida. La deflación requería a su vez mantener el equilibrio presupuestario: con este fin, Brüning no dudó en recortar los subsidios de paro y otros gastos asistenciales. Los *decretos del hambre* con que concluyó el año 1931 dieron expresión legal al programa del canciller, pero crearon un profundo descontento que tuvo su reflejo en las urnas con la desaparición de las fuerzas conservadoras en beneficio del partido nazi.

El *Partido Nacionalsocialista de los Trabajadores Alemanes* (NSDAP) había sido creado en Munich en 1920. Su organización se completó en 1921 con la creación de una estructura paramilitar, las *Secciones de Asalto* (SA) que, bajo la dirección de Rohm, disputaban el control de la calle a los partidos de izquierda. Tres años después de la fundación, la fuerza del NSDAP era suficiente para intentar un golpe contra el Gobierno de Baviera (el «*putsch* de la cervecería»). Su líder, Adolf Hitler —un antiguo combatiente del ejército alemán en la Primera Guerra Mundial, que pronto destacó por su oratoria exaltada, su nacionalismo y su antisemitismo—, fue condenado por aquella acción a cinco años de prisión; y aprovechó este tiempo para escribir *Mi lucha* (*Mein Kampf*), una exposición de sus ideas y sus planes que desarrollaría después con notable fidelidad.

El pensamiento de Hitler combinaba el nacionalismo germánico con el *antisemitismo* para descubrir un «destino histórico» para el pueblo alemán, consistente en la realización política de la supremacía germánica. El lema que resumía la doctrina hitleriana era: «un

pueblo, un Estado, un jefe». Un pueblo, el pueblo alemán, entendido como una comunidad de raza y sangre que debía ser librada de todo contagio (de ahí el antisemitismo) y que tenía que conquistar su *espacio vital* (*Lebensraum*); un Estado centralizado y un jefe carismático, el *Führer*, que asumirían la realización del destino alemán.

Los efectos de la depresión sobre el desarrollo del nazismo son impresionantes por la correspondencia entre el paro y la afiliación al partido. Las elecciones de 1930 llevaron 107 diputados nazis al Parlamento. En 1932, Hitler se presentó como candidato a la presidencia en competencia con Hindenburg, y obtuvo más de un tercio de los votos. En enero de 1933, Hitler fue nombrado por el presidente Hindenburg canciller de un gobierno de coalición. En unos pocos meses Hitler recorrió el camino que separaba al jefe de un gobierno constitucional de un dictador con plenos poderes. Consiguió la disolución del *Reichstag* y convocó elecciones para mejorar su posición en la Cámara. La utilización sin reservas de las posibilidades que ofrecía el poder le dieron la mayoría, aunque tuvo que obtener el apoyo de los nacionalistas y del *Zentrum* con el fin de lograr los dos tercios necesarios para conseguir la delegación parlamentaria de los plenos poderes.

A partir de este momento comenzó la sincronización (*Gleichschaltung*), que redujo a las instituciones públicas a la obediencia al *Führer*. Los funcionarios de la Administración, incluidos los jueces, vieron desaparecer la estabilidad de sus empleos; los partidos políticos afines fueron absorbidos por el NSDAP, y el resto fueron disueltos. Los sindicatos fueron sustituidos por el *Frente alemán del trabajo* (DAF). El *Reichsrat*, o Cámara de los Estados, fue disuelta, y los Estados se convirtieron en provincias regidas por un *Gauleiter*. El proceso quedó coronado con la acumulación, a la muerte de Hindenburg, de la presidencia del *Reich* a la cancillería, situación que permitió a Hitler exigir un juramento de fidelidad personal al Ejército.

La política económica del partido nazi se ajustó más a principios ideológicos que económicos. La organización de la agricultura se realizó a partir de la institución del *Erbhof* (heredad): se dotó a los labradores con parcelas de 125 hectáreas, que constituían patrimonios hereditarios, inalienables y que no podían ser confiscados ni repartidos entre sus herederos. El objetivo era crear una clase de labradores propietarios que asegurase la continuidad y, con ella, la estabilidad social de Alemania. La industria fue empujada hacia la concentración de las empresas. El Gobierno favoreció la creación de cárteles y consorcios (*Konzerne*), al tiempo que tomaba medidas para que no se constituyeran sociedades con un capital social inferior al medio millón de marcos. A cambio de ello, el Gobierno se reservó la facultad de fijar los objetivos de las empresas en función de los intereses nacionales. Entre estos objetivos ocupaban un lugar prioritario el rearme y la realización de grandes programas de obras públicas (autopistas, remodelación urbana, etc.).

En cuatro años se invirtieron más de 7.000 millones de marcos en estos menesteres, en los que trabajaron obreros regimentados. Los resultados fueron espectaculares. En 1935 se había recuperado el nivel de producción de 1929, y el número de parados se había reducido a dos millones. El comercio exterior, aun reducido a la mínima expresión, se mantuvo gracias a un artificio que consistía en pagar con un tipo especial de marcos que sólo servían para comprar en Alemania. La introducción del servicio militar obligatorio acabó con el paro que quedaba en 1935. Un año después, el Gobierno nazi ponía en marcha un plan económico de cuatro años a imitación del soviético, bajo la dirección de Hermann Goering, un nazi de primera hora y hombre de confianza de Hitler.

4. La hora de las dictaduras

La consolidación de los regímenes totalitarios de Italia y Alemania planteó sobre nuevas bases la política europea. Para prevenir el rearme de Alemania, los británicos entablaron negociaciones con dicho país; pero no consiguieron resultados dada la resistencia de Hitler a incluir a las *Secciones de Asalto* (SA) entre las fuerzas armadas. La decisión de abandonar la *Sociedad de Naciones* fue una manifestación explícita de la intención de Hitler de convertir a Alemania en una gran potencia militar.

La anexión de Austria figuraba en primer término entre los objetivos descritos por Hitler en su libro *Mein Kampf*, lo que provocaba la inquietud de Mussolini. El proyecto de unir Austria a Alemania había aparecido tras la disgregación del Imperio de los Habsburgo en 1919 y la conversión de Austria en un pequeño país de germanoparlantes. Pero tal unión estaba prohibida por los tratados de paz. Después de la llegada de Hitler al poder, el gobierno autoritario del canciller Dollfuss buscó la protección de Italia y Hungría; pero el asesinato de Dollfuss por los nazis austriacos (1934) constituyó un reto que las grandes potencias aceptaron en un primer momento, al declarar en Roma su apoyo a la independencia de Austria.

A partir de 1935, la iniciativa pasó a manos de Hitler y las relaciones internacionales cambiaron rápidamente de signo, como reflejo de la capacidad militar que había alcanzado el *Tercer Reich*. En Versalles se había decidido que el Sarre sería administrado durante quince años por la Sociedad de Naciones y que un plebiscito decidiría sobre su adscripción nacional definitiva. Cuando se celebró el plebiscito, más de un 90 por 100 de los votos se declaró a favor de la incorporación a Alemania, pasando entonces a un primer plano el problema de la desmilitarización de Renania. Los esfuerzos de Francia por llegar a un acuerdo con Hitler sin renunciar a esta condición, que Alemania había aceptado en el Tratado de Locarno, fracasaron. Finalmente, la respuesta de Hitler fue denunciar las obligaciones militares contraídas en Versalles y anunciar la vuelta al reclutamiento y la existencia de una fuerza aérea (*Luftwaffe*). Ante las previsible exigencias de Hitler, Gran Bretaña, Francia e Italia presentaron en la Conferencia de Stresa una declaración de intenciones frente a cualquier amenaza contra la paz. Francia fue más allá y firmó un tratado de asistencia mutua con la Unión Soviética; y la URSS, interesada ahora en aliarse con los vecinos de Alemania, suscribió otro con Checoslovaquia.

Poco después, la situación empezó a cambiar como consecuencia de nuevas iniciativas de Hitler y Mussolini. El primero tranquilizó a Gran Bretaña al aceptar la limitación de su flota a un tercio de la británica. En cuanto a Mussolini, después de una serie de incidentes, emprendió la conquista de Abisinia; una empresa que le llevaría más de un año de lucha y que puso de manifiesto su debilidad militar, compensada por la preocupación de ingleses y franceses ante las consecuencias políticas que podrían seguirse en Italia de una retirada de Mussolini.

Al comenzar el año 1936 no estaban aún decididas las alianzas definitivas. Francia no contaba más que con la de la URSS, que no era seguro que pudiese acudir en su apoyo, dado que no tenía frontera común con Alemania. Hitler declaró que este tratado era una violación del de Locarno y, tras declararse libre de las obligaciones contraídas en él, procedió a la ocupación y remilitarización de Renania, lo que supuso el fin del orden internacional establecido en el Tratado de Versalles. A pesar de las consecuencias estratégicas que se

seguían de la presencia de las tropas alemanas en la frontera, Francia no se decidió a responder con la fuerza, entre otros motivos por la resistencia de Inglaterra a adquirir compromisos.

El comienzo de la Guerra Civil española (1936-1939) fue un paso decisivo en las relaciones internacionales. El pronunciamiento, concebido como una acción violenta y de corta duración, estaría protagonizado por el ejército, que buscaba con ello la capitulación del Gobierno, sin necesidad de adquirir compromisos con las fuerzas políticas próximas a sus ideales. La resistencia de la capital y de las principales ciudades hizo fracasar la maniobra, por lo que la situación evolucionó hacia una guerra larga, que sólo se resolvería con la ocupación del territorio en poder del Gobierno republicano. Las necesidades de armas y municiones para librar esta guerra excedían de los recursos existentes, circunstancia que llevó a las potencias europeas a manifestar sus simpatías por una u otra causa. Los esfuerzos por llegar a un acuerdo de *no intervención* exigieron varios meses. Finalmente, en junio de 1937 Alemania e Italia abandonaron el comité de no intervención; y la participación de Mussolini del lado de Franco facilitó el acercamiento entre los dos dictadores.

En octubre de 1936, Italia se vinculaba definitivamente a la Alemania de Hitler con la creación del *Eje Roma-Berlín*, completado un mes después por la firma del *Pacto Anti-Comintern* suscrito por Alemania y Japón. Las que luego se llamaron *potencias del Eje* estaban listas desde este momento para hacer frente a una nueva guerra mundial.